

www.puntodelectura.com

FRED VARGAS

Más allá, a la derecha

punto de lectura



Fred Vargas (Frédérique Audouin-Rouzeau, París, 1957), medievalista y arqueóloga, se dedica de forma paralela a la literatura policiaca, habiéndose convertido desde sus primeras novelas en un arrollador éxito, no sólo en su país sino también en las 32 lenguas a las que ha sido traducida. Original en su concepción del género, obras como *El hombre de los círculos azules*, *Más allá, a la derecha*, *Que se levanten los muertos*, *Huye rápido, vete lejos*, *Sin hogar ni lugar*, *Los que van a morir te saludan*, *El hombre al revés* o *Bajo los vientos de Neptuno* han hecho a Fred Vargas acreedora de galardones como el Prix mystère de la critique (1996 y 2000), el Gran premio de novela negra del Festival de Cognac (1999), el Deutsche Krimipreis (2004) y el Giallo Grinzane (2006). Su última novela es *La tercera virgen* (2008).

FRED VARGAS

Más allá, a la derecha

Traducción de Manuel Serrat Crespo

Título: Más allá a la derecha

Título original: *Un peu plus loin sur ta droite*

© Editions Viviane Hamy, 1996

© De la traducción: Manuel Serrat Crespo

© De la primera edición española: Ediciones Siruela, S.A., 2006

© De esta edición: junio 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2138-9

Depósito legal: B-22.976-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Fotografía de portada: Getty Images

Diseño de colección: María Pérez-Aguilera

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Más allá, a la derecha

—¿Y qué pintas tú en este barrio?

A la vieja Marthe le gustaba discutir. Aquella noche, no había tenido bastante y, con el dueño, en la barra, se había emperrado en un crucigrama. El dueño era un buen tipo, aunque exasperante para los crucigramas. Respondía a bulto, sin respetar la definición ni adaptarse a la plantilla. Sin embargo, habría podido servir, iba fuerte en geografía, lo que resultaba curioso porque nunca había salido de París, al igual que Marthe. Corre por Rusia de dos letras vertical, el patrón había propuesto «Yenisei».

En fin, siempre era mejor que no hablar de nada.

Louis Kehlweiler había entrado en el café sobre las once. Hacía dos meses que Marthe no le veía y, de hecho, lo había echado de menos. Kehlweiler había metido una moneda en el flipper y Marthe contemplaba los recorridos de la gran bola. Aquel juego de majaras, con un espacio hecho aposta para perder la bola, con una pendiente que debía subirse a costa de incesantes esfuerzos y que, una vez logrado, volvía a bajarse de pronto para perderse en el espacio hecho aposta, la había contrariado siempre. Le parecía que, en el fondo, la máquina no dejaba de dar lecciones de moral, de una moral austera,

injusta y deprimente. Y si, con un legítimo arrebató, le soltabas un puñetazo, ella tilteaba y eras castigado. Y encima tenías que pagar por ello. Habían intentado explicarle que era un instrumento de diversión, pero ni por ésas, aquello le recordaba su catequesis.

—¿Eh? ¿Qué pintas tú en este barrio?

—He pasado a echar un vistazo —dijo Louis—. Vincent ha descubierto algunos chanchullos.

—¿Chanchullos que valen la pena?

Louis calló, el asunto era urgente, la bola del flipper se dirigía directamente a la nada. La alcanzó con una de las palas y volvió a crepitar en las alturas, vacilante.

—Juegas blando —dijo Marthe.

—Ya lo he visto, pero no paras de hablar.

—Claro. Cuando te dedicas a tu catequesis, no oyes lo que te dicen. No me has respondido. ¿Vale la pena?

—Puede, habrá que ver.

—¿Qué es? ¿Política, una granujada o indeterminado?

—No berrees así, Marthe. Algún día tendrás problemas. Digamos que se trata de un super-facha que está donde no se le esperaba. Y eso me intriga.

—¿Algo bueno?

—Sí, Marthe. De verdad de la buena, con denominación de origen, embotellado en la propiedad. Habría que verlo, claro.

—¿Y dónde es eso? ¿En qué banco?

—En el banco 102.

Louis sonrió y lanzó una bola. Marthe reflexionaba. Se embrollaba, perdía la cuenta. Confundía el banco 102 con los bancos 107 y 98. A Louis le había parecido más sencillo asignar números a los bancos públicos de París

que le servían de observatorio. A los bancos interesantes, claro está. La verdad es que era más cómodo que describir su situación topográfica precisa, y más cuando la situación de los bancos suele ser confusa. Pero, en veinte años, se habían producido cambios, bancos jubilados y otros nuevos de los que debían ocuparse. Habían tenido, asimismo, que numerar algunos árboles cuando faltaban los bancos en los emplazamientos clave de la capital. Estaban también los bancos de paso, para las historias de poca monta. A ese ritmo, habían llegado ya al 137, porque nunca reutilizaban un número antiguo, y todo se mezclaba en su cabeza. Pero Louis prohibía que se tomaran notas.

—¿El 102 es el que tiene la florista detrás? —preguntó Marthe frunciendo el ceño.

—No, ése es el 107.

—Mierda —dijo Marthe—. Invítame a un trago al menos.

—Toma lo que quieras en el bar. Me quedan tres bolas.

Marthe ya no estaba muy en forma. A los setenta años, no podía ya merodear como antes por la ciudad, entre dos clientes. Y, además, confundía los bancos. Pero bueno, era Marthe. No proporcionaba ya muchas informaciones pero tenía intuiciones excelentes. De su último soplo hacía al menos diez años. Y había montado un saludable follón, que era lo esencial.

—Bebes demasiado, colega —le dijo Louis tirando del resorte del flipper.

—Vigila la bola, Ludwig.

Marthe le llamaba Ludwig y otros le llamaban Louis. Cada cual elegía, estaba acostumbrado. Hacía ahora

cincuenta años que la gente oscilaba de un nombre a otro. Incluso algunos le llamaban Louis-Ludwig. Y eso le parecía tonto, nadie se llama Louis-Louis.

—¿Has traído a *Bufo*? —preguntó Marthe regresando con un vaso.

—Sabes muy bien que los cafés le dan miedo.

—¿Está en forma? ¿Las cosas van bien entre vosotros?

—Es mi gran amor, Marthe.

Se hizo un silencio.

—Ya no se ve a tu amiguita —prosiguió Marthe acomodándose en el flipper.

—Se ha largado. Aparta tu brazo, ya no veo el juego.

—¿Cuándo?

—¡Apártate, hostia! Esta tarde ha embalado sus trastos cuando yo no estaba y ha dejado una carta en la cama. Mira, me has hecho fallar la bola.

—Es que tu juego es blando. ¿Habrás comido, por lo menos, a mediodía? ¿Cómo era la carta?

—Lamentable. Sí, he comido.

—No es fácil escribir una buena carta cuando uno se larga.

—¿Por qué no? Basta con hablar en vez de escribir.

Louis le sonrió a Marthe y golpeó con la palma de la mano un costado del flipper. Una carta lamentable, realmente. Bueno, Sonia se había marchado, estaba en su derecho, no iba a darle vueltas a eso sin cesar. Ella se había marchado, él estaba triste, eso era todo. Estaban pasando el mundo a sangre y fuego y no iba él a perder los estribos por una mujer que se largaba. Aunque, claro está, era triste.

—No te rompas la cabeza por eso —dijo Marthe.

—Lo lamento. Y estaba esa experiencia, ¿lo recuerdas? Se ha jodido.

—¿Y qué esperabas? ¿Que se quedara sólo por tu bonita cara? No digo que seas feo, no me hagas decir lo que no he dicho.

—Yo no hago nada.

—Pero no bastan, Ludwig, los ojos verdes y todo lo demás. También yo los tenía. Y tu rodilla tiesa, francamente, es una pega. A algunas muchachas no les gustan los hombres que cojean. Les molesta, métetelo en el coco.

—Ya está.

—No te rompas la cabeza.

Louis rió y puso una caricia en la vieja mano de Marthe.

—No me rompo la cabeza.

—Si tú lo dices... ¿Quieres que pase por el banco 102?

—Haz lo que quieras, Marthe. No soy el propietario de los bancos de París.

—Podrías dar órdenes de vez en cuando, ¿no?

—No.

—Bueno, pues te equivocas. Dar órdenes es de hombres. Pero claro, si no sabes obedecer, no veo cómo podrías mandar.

—Evidentemente.

—¿No te la he dicho ya muchas veces? ¿La fórmula?

—Cien veces, Marthe.

—Las buenas fórmulas no se gastan.

Habría podido evitar que Sonia se largara, claro. Pero había querido intentar la imbécil experiencia del hombre hombre, y ahí estaba el resultado, cinco meses después ella se había largado. Bueno, ya estaba bien, ya había pensado demasiado en ello, estaba bastante triste,

pasaban el mundo a sangre y fuego, había trabajo, tanto en los pequeños como en los grandes asuntos de este mundo, no iba a pensar en Sonia diez mil horas, ni en su lamentable carta, tenía otras cosas que hacer. Pero en las alturas, en ese jodido ministerio por el que tanto había vagado como un electrón libre, deseado, detestado, indispensable y muy bien pagado, le ponían de patitas en la calle. Llegaban nuevas caras, nuevas caras de viejos imbéciles, aunque no todos eran imbéciles por lo demás, eso era lo malo, y no deseaban ya la ayuda de un tipo demasiado enterado de todo. Le despedían, desconfiaban, y con razón. Pero su reacción era absurda.

Tomemos una mosca, por ejemplo.

—Toma una mosca, por ejemplo —dijo Louis.

Louis había terminado su partida, un resultado mediocre. Eran molestas esas nuevas máquinas del flipper en las que debía mirarse, a la vez, la pantalla y la bola. Pero, a veces, tres o cuatro bolas comenzaban a caer al mismo tiempo y era interesante, dijera Marthe lo que dijese. Se apoyó en la barra esperando a que Marthe trasegara su cerveza.

Cuando Sonia había dado las primeras señales de partida, él había intentado contar, decir lo que había hecho, en los ministerios, en las calles, en los tribunales de justicia, en los cafés, la campiña, los despachos de la pasma. Veinticinco años limpiando el campo de minas, así se refería a ello, acosando a hombres de piedra y a pensamientos pestilenciales. Veinticinco años de vigilancia, y de haber conocido a demasiados hombres de cerebro rocoso, que vagaban en solitario, que actuaban en grupo, que aullaban en hordas, con las mismas rocas en la cabeza y las mismas matanzas en las manos, mierda. A Sonia le hubiera

gustado como artificiero. Tal vez se hubiera quedado, incluso con su rodilla tiesa, abrasada en el incendio de un hotel asaltado, cerca de Antibes. Eso es de hombres. Pero lo había aguantado, no había contado nada en absoluto. Sólo había ofrecido, como atractivo, su fachada y su palabra, a ver qué pasaba. Sonia creía que lo de la rodilla había sido una caída en las escaleras del metro. Cosas como ésa joroban a un hombre. Marthe le había avisado, tendría una decepción, las mujeres no eran mejores que los demás, no había que esperar milagros. Tal vez *Bufo* no hubiera arreglado las cosas.

—¿Tomamos un trago, Ludwig?

—Ya has bebido bastante, te acompañaré.

No es que Marthe corriera riesgo alguno, dado que no tenía ni un duro y lo había ya visto y hecho todo, pero cuando llovía por la noche e iba un poco borracha, tenía cierta tendencia a romperse la jeta.

—Bueno, ¿y lo de tu mosca? —preguntó Marthe sacando del bar y poniéndose, con una mano, una bolsa de plástico en la cabeza—. Estabas hablándome de una mosca.

—¿Te da miedo la lluvia ahora?

—Es por el tinte. Si se corre, ¿qué voy a parecer?

—Una puta vieja.

—Es lo que soy.

—Es lo que eres.

Marthe se rió. Su risa era conocida en el barrio desde hacía medio siglo. Un tipo se volvió y le dirigió un saludo con la mano.

—No puedes figurarte —dijo Marthe— cómo era ése hace treinta años. No voy a decirte quién es, no es mi estilo.

—Ya sé quién es —dijo Louis sonriendo.

—Oye, Ludwig, espero que no estés hurgando en mi agenda. Ya sabes que respeto el oficio.

—Y yo espero que lo hayas dicho sólo por decirlo.

—Sí, por decirlo.

—De todos modos, Marthe, esa agenda podría interesar a tipos menos escrupulosos que yo. Debieras destruirla, te lo he dicho ya cien veces.

—Demasiados recuerdos. La flor y nata llamando a mi puerta, imagínate...

—Te digo que la destruyas. Es arriesgado.

—¡Y un huevo! La flor y nata ha envejecido... ¿A quién quieres que le interese la vieja flor y nata?

—A mucha gente. Y si sólo tuvieras los nombres, tendría un pase, pero también tienes tus notitas, ¿no es cierto, Marthe?

—Oye, Ludwig, ¿no tomas tú a veces notitas?

—Baja la voz, Marthe, no estamos en campo abierto. Marthe siempre había hablado demasiado alto.

—¿Eh? ¿Cuadernos? ¿Investigaciones? ¿Recuerdos de la limpieza de minas? ¿Las has tirado tú cuando los de arriba te han dado puerta? Por cierto, ¿realmente te han dado puerta, de verdad de la buena?

—Eso parece. Pero conservo relaciones. Les costará librarse de mí. Mira, toma una mosca, por ejemplo.

—Si quieres, pero yo estoy rendida. ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Ese jodido río de Rusia que sale siempre, de tres letras, te dice algo?

—El Obi, Marthe, te lo he dicho ya cien veces.

Kehlweiler dejó a Marthe delante de su casa, la escuchó subiendo la escalera y entró luego en el café de la avenida. Era casi la una de la madrugada, no había mucha

gente ya. Algunos noctámbulos, como él. Los conocía a todos, tenía una memoria sedienta de rostros y de nombres, perpetuamente insatisfecha y pedigüeña. Algo que, por otra parte, preocupaba mucho en el ministerio.

Una cerveza y, luego, ya no se devanaría los sesos con Sonia. También habría podido contarle lo de su gran ejército, un centenar de hombres y mujeres con quienes podía contar, unos ojos en cada distrito, más de veinte en París, no se puede limpiar solo las minas. Tal vez Sonia se habría quedado. Pero ¡a hacer puñetas!

Tomemos una mosca, pues. La mosca ha entrado en la casa y molesta a todo el mundo. Toneladas de aleteos por segundo. Tiene huevos una mosca, pero jode. Vuela en todas direcciones, anda por el techo sin ningún truco. Se mete donde no debe y, sobre todo, encuentra la menor gota de miel extraviada. La jodienda pública. Exactamente como él. Encontraba miel donde todo el mundo creía haber limpiado bien, no haber dejado huellas. Miel o mierda, naturalmente, para una mosca todo vale. La reacción imbécil es echar a la mosca. Ésta es la sandez. Pues, una vez fuera, ¿qué hace la mosca?

Louis Kehlweiler pagó su cerveza, saludó a todo el mundo y salió del bar. No tenía la menor gana de regresar a casa. Iría a sentarse en el banco 102. Cuando empezó, tenía cuatro bancos y, ahora, ciento treinta y siete, más sesenta y cuatro árboles. Desde aquellos bancos y aquellos castaños había visto un montón de cosas. También habría podido contar eso, pero se había aguantado. Ahora llovía a mares.

Pues, una vez fuera, ¿qué hace la mosca? Hace el imbécil dos o tres minutos, claro está, y luego se aparea. Y luego pone. Más tarde, llegan miles de pequeñas moscas

que crecen, hacen el imbécil y, luego, se aparean. Por lo tanto, nada es más absurdo que librarse de una mosca echándola fuera. Eso multiplica la potencia de la mosca. Hay que dejarla dentro, dejar que haga sus chorradas de mosca y tener paciencia hasta que la edad la agarre y se fatigue. Mientras que una mosca fuera es una amenaza, un gran peligro. Y aquellos cretinos le habían puesto de patitas en la calle. Como si, una vez en la calle, fuera a detenerse. Pero no, iba a ser peor. Y, evidentemente, no podían permitirse golpearle con un trapo como se procede a veces con una mosca.

Kehlweiler llegó a la vista del banco 102 bajo un diluvio. Era un buen territorio, frente al domicilio del sobrino de un diputado muy discreto. Kehlweiler sabía adoptar el aire de un tipo perdido, era bastante natural en él, y nadie desconfiaba de un corpachón abandonado en un banco. Ni siquiera cuando ese corpachón iniciaba, a paso lento, un seguimiento.

Se detuvo e hizo una mueca. Un perro le había ensuciado el territorio. Allí, en la reja del árbol, al pie del banco. A Louis Kehlweiler no le gustaba que mancillaran sus emplazamientos. Estuvo a punto de dar marcha atrás. Pero pasaban el mundo a sangre y fuego, no iba a esfumarse ante el irrisorio excremento de un perro absurdo.

A mediodía, había almorzado en el banco, y el territorio estaba virgen. Y esta tarde, una mujer que se largaba, una lamentable carta en la cama, un resultado mediocre en el flipper, un territorio sucio, una vaga desesperanza.

Demasiada cerveza, esta noche, era muy posible, no afirmaba lo contrario. Y nadie en las calles bajo aquel chaparrón que, por lo menos, limpiaría las aceras, las rejas

del árbol y el puesto 102; también su cabeza, tal vez. Si Vincent le había informado bien, el sobrino del diputado recibía, desde hacía algunas semanas, a un personaje oscuro que le interesaba. Quería verlo. Pero esta noche no había luz en las ventanas, ni movimiento.

Se protegió de la lluvia con la chaqueta y anotó algunas líneas en un cuaderno. Marthe debería librarse del suyo. Para hacerlo bien, sería necesario arrebatarlo por la fuerza. Marthe, nadie lo hubiera creído, había sido el más hermoso gancho de todo el distrito 5, según le habían dicho. Kehlweiler echó un vistazo a la reja del árbol. Quería marcharse. No es que se echara para atrás, pero por esta noche ya estaba bien, quería dormir. Evidentemente, podía estar allí mañana al amanecer. Le habían alabado mucho las maravillas del amanecer, pero a Kehlweiler le gustaba dormir. Y, cuando quería dormir, no había nada que lo detuviera. A veces pasaban, incluso, el mundo a sangre y fuego y él quería dormir. Así eran las cosas, y no se envanecía ni se avergonzaba, aunque a veces sí, y no podía evitarlo, y eso le había valido bastantes follones y fallos incluso. Pagaba su tributo al sueño. El porvenir es de los que madrugan, dicen. Y es una idiotéz, pues también a los que se acuestan tarde les llega el porvenir. Mañana, podría estar ahí hacia las once.

Muy pocos habrían sabido matar así. Pero, cuidado. Ahora se trataba de actuar de modo preciso, hábil e incluso excelente. Trabajar la excelencia en la discreción, ahí está el secreto. Es increíble lo gilipollas que puede ser la gente. Georges es un buen ejemplo, y digo Georges pero hay otros. Qué lamentable, el tipo.

Es sólo un ejemplo.

Cuidado, no sonreír más de lo habitual, entrenarse bien, precisión. El método había dado ya resultados ejemplares, era preciso aplicarlo estrictamente. Dejar caer la mandíbula, dejar caer blandamente las mejillas, los ojos. Trabajar la excelencia aparentando el desapego de lo ordinario, una normalidad algo cansada. No es fácil hacerlo cuando se está contento. Y, esa noche, estaba más que contento, era casi exultación, y muy legítima. Lástima que no pudiera aprovecharlo, no son tan frecuentes las ocasiones. Pero ni hablar, no era tan tonto. Cuando un don nadie está enamorado, se advierte, y cuando un asesino está satisfecho, se lee en todo su cuerpo. Al día siguiente, le cae la policía encima y todo ha terminado. Para matar, hay que ser algo distinto a un don nadie, ahí está el secreto. Entrenarse bien, precisión, rigor, y nadie vería nada de nada. El momento de disfrutarlo, de alegrarse, llegaría más tarde, dentro de un año, discretamente.

Cultivar el desapego y disimular el placer. ¿Cuántos habrían sabido matar así, golpear en las rocas invisible y rápido? La vieja no había visto llegar nada. Excelente en sencillez. Se cuenta que los asesinos necesitan hacer saber que han sido ellos. Que no pueden evitar darse a conocer, de lo contrario su placer se estropea. Y peor aún si detienen a otro en su lugar, una vieja trampa para hacerle salir de la madriguera. Según dicen, no pueden tolerar que les roben su crimen. ¡Y un huevo! Eso vale para los don nadie. No, él no es tan bobo. Podrían detener a otros veinte en su lugar y no pestañearía. Éste es el secreto. Pero no detendrían a nadie, ni siquiera pensarían en un crimen.

Esa muy legítima necesidad de sonreír, de disfrutarlo. Pero no, hay que ser hábil. Dejar caer la mandíbula, mostrarse apacible. Ahí está el busilis.

Pensar en el mar, por ejemplo. La primera ola, la segunda ola, sube, retrocede, y así sucesivamente. Muy relajante el mar, muy regular. Mucho mejor que contar ovejas para calmarse, algo que sirve sobre todo a los don nadie que no reflexionan. La primera oveja pasa. Salta su barrera y se larga corriendo hacia la izquierda de la cabeza. ¿Y adónde va la muy cretina?

Se oculta en la parte izquierda del cerebro, por encima de la oreja. La cosa se jode a la segunda oveja que, evidentemente, tiene menos sitio que la precedente para desaparecer. Se obtiene muy pronto un montón de ovejas a la izquierda de la barrera, las recién llegadas no consiguen ya saltar, el montón de ovejas se derrumba entre balidos, y es abominable, mejor es degollarlas en el acto. El mar es mucho mejor. Sube, retrocede, sin cesar, y para nada. Qué bobo, el mar. En el fondo, el mar es también irritante a causa de esa inmensa inutilidad. Atraído y rechazado por la luna, incapaz de hacer valer su voluntad. Lo mejor habría sido pensar en el asesinato, claro.

Al recomponerlo con el pensamiento, le asaltaba la risa, y la risa es excelente para todo. No es tan tonto, supremo olvido, no pensar en el crimen.

Calculemos, comenzarían a buscar a la vieja mañana mismo. Hasta que encontraran el cuerpo en estas rocas, por donde nadie pasa en noviembre, le quedaba un día aún, sin duda dos. No sería ya posible precisar el momento de la muerte. Añadamos el viento, la lluvia y la marea, sin hablar de las gaviotas, iba a ser perfecto. De nuevo la sonrisa. Precisamente debe evitarse, como debe evitarse que sus manos se aprieten y se aflojen, algo que le sucedía siempre después de un asesinato. El asesinato le brotaba de los dedos, durante cinco o seis semanas. Dejar caer las manos también, además de la mandíbula, no dejar sin control ningún detalle, rigor. Todos aquellos desgraciados que se dejaban coger por exceso de nerviosismo, de tic, de satisfacción, de exhibicionismo, o por exceso de indiferencia, simples debiluchos ni siquiera capaces de dominarse. Pero no es tan tonto. Cuando le comunicaran la noticia, interesarse e, incluso, conmoverse. Dejar caer bien los brazos al caminar, atarearse con tranquilidad. Calculemos. Comenzarían a buscar mañana, algunos gendarmes, sin duda, voluntarios. ¿Unirse a los voluntarios? No, no es tan tonto. Los asesinos suelen mezclarse con los voluntarios. Todo el mundo sabe que incluso el gendarme más gilipollas desconfía y establece la lista de los voluntarios.

Trabajar la excelencia. Hacer su trabajo como de costumbre, sonreír normalmente, dejar caer las manos e informarse, sin más. Rectificar esa tensión de los dedos, ése no era ciertamente el momento de sufrir espasmos incontenibles, claro que no, y no era su estilo, de ningún modo. Vigilar los labios y las manos, ahí está el secreto. Meterse las manos en los bolsillos, o cruzar blandamente los brazos. No más a menudo que de ordinario.

Vigilar lo que ocurre alrededor, observar a los demás, pero con normalidad, no como esos asesinos que imaginan que el menor detalle les concierne. Pero prestar atención a los detalles. Se habían tomado todas las precauciones, pero siempre hay que contar con los gilipollas de la tierra. Siempre. Suponer que un gilipollas ha podido observar algo. Prever, ése es el secreto. Si alguien quisiera meter la nariz en sus asuntos, lo dejaría seco. Cuanto menos don nadie hubiera en la tierra, mejor sería. Se lo cargaría, como a los demás. Pensarlo ya ahora.

Louis Kehlweiler se sentó en el banco 102 a las once. Allí estaba Vincent, volviendo las páginas de un periódico.

—¿No tienes otra cosa que hacer ahora? —le preguntó Louis.

—Dos o tres artículos en marcha... Si ocurre algo ahí dentro —dijo sin levantar el rostro hacia el edificio de enfrente—, ¿me dejarás hacer el reportaje?

—Evidentemente. Pero mantenme al corriente.

—Evidentemente.

Kehlweiler sacó de una bolsa de plástico un libro y papel. El otoño no era cálido y no conseguía encontrar una posición favorable para el trabajo en aquel banco, húmedo aún por las lluvias nocturnas.

—¿Qué estás traduciendo? —preguntó Vincent.

—Un libro sobre el tercer Reich.

—¿De qué lengua?

—Del alemán al francés.

—¿Y vas a ganar mucho?

—No está mal. ¿Te molesta si pongo a *Bufo* en el banco?

—En absoluto —dijo Vincent.

—Pero no le molestes, duerme.

—No estoy tan mochales como para darle conversación a un sapo.

—Eso se dice y, a veces, se acaba haciendo.

—¿Le hablas tú mucho?

—Constantemente. *Bufo* lo sabe todo, es una caja fuerte, un escándalo viviente. Dime, ¿no has visto a nadie acercándose al banco esta mañana?

—¿Estás hablando conmigo o con el sapo?

—Mi sapo, esta mañana, no estaba levantado. De modo que hablo contigo.

—Bueno. No he visto que se acercara nadie. En fin, no desde las siete y media. Salvo la vieja Marthe, nos hemos dicho dos palabras y se ha largado.

Vincent había sacado ahora unas tijeras pequeñas y recortaba artículos del montón de diarios.

—¿Ahora haces como yo? ¿Lo recortas todo?

—El alumno debe imitar al maestro hasta que lo saque de quicio y lo eche fuera, lo que significa que el alumno está listo ya para ser maestro también, ¿no es cierto? Ahora, por ejemplo, ¿te sacó de quicio?

—En absoluto. No prestas bastante atención a la provincia —dijo Kehlweiler hojeando la pila de periódicos que Vincent había amontonado—. Demasiado parisino todo eso.

—No tengo tiempo. Yo no tengo como tú a tipos que me mandan cosas, ya preparadas, de las cuatro esquinas de Francia, no soy un viejo pontífice. Con el tiempo, también yo tendré mis tropas secretas. ¿Quién es la gente del gran ejército?

—Tipos de tu estilo. Mujeres de tu estilo, periodistas, militantes, curiosos, inactivos, algunos hurgamierda,

jueces, dueños de café, filósofos, pasmas, vendedores de periódicos, vendedores de castañas...

—Basta —dijo Vincent.

Kehlweiler lanzaba rápidas ojeadas a la reja del árbol, a Vincent, a los alrededores.

—¿Has perdido algo? —preguntó Vincent.

—En cierto modo. Y lo que he perdido con una mano, me da la impresión de recuperarlo con la otra. ¿Estás seguro de que nadie se ha instalado aquí esta mañana? ¿No te habrás dormido con tus lecturas?

—A partir de las siete de la mañana, ya no me duermo.

—Qué cosa.

—La prensa regional —prosiguió Vincent, hosco— es puro derecho común, no va a ninguna parte, es una espiral doméstica y no me interesa.

—Y te equivocas. Un crimen premeditado, una difamación privada, una pequeña denuncia arbitraria van a alguna parte, a un gran estercolero donde fermentan las cerdadas a gran escala y los consentimientos colectivos. Mejor es ocuparse de todo sin seleccionar. Yo soy generalista.

Vincent gruñó algo mientras Kehlweiler se levantaba para ir a contemplar la reja del árbol. Vincent conocía a fondo las teorías de Kehlweiler, entre otras la historia de la mano izquierda y la mano derecha. Mano izquierda, anunciaba Louis levantando el brazo y extendiendo los dedos, imperfecta, torpe, vacilante y, por lo tanto, saludable productora del desbarajuste y de la duda. Mano derecha, segura, firme, detentadora de la habilidad, conductora del ingenio humano. Con ella, el dominio, el método y la lógica. Cuidado, Vincent, ahora es cuando debes seguirme bien: te inclinas un poco hacia la mano derecha, dos pasos

de más, y he aquí que aparece el rigor y la certidumbre, ¿los ves? Ve un poco más allá aún, tres pasos de más, y es la trágica caída en la perfección, en lo impecable y, luego, en lo infalible y lo implacable. Entonces ya sólo eres la mitad de un hombre que avanza muy inclinado a la derecha, sin conciencia del alto valor del desbarajuste, un cruel imbécil cerrado a las virtudes de la duda; la cosa puede llegar más solapadamente de lo que imaginas, no te creas seguro, es preciso vigilarse, tienes dos manos, y no porque sí. Vincent sonrió y movió sus manos. Había aprendido a buscar a los hombres inclinados, pero sólo quería ocuparse de la política mientras que Louis se había ocupado siempre de todo.

Entretanto, Louis seguía apoyado en el árbol, con la mirada en la reja.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Vincent.

—Esa cosita blanquecina, en la reja del árbol, ¿la ves?

—Un poco.

—Quisiera que la agarraras. Con mi rodilla, no puedo agacharme.

Vincent se levantó suspirando. Nunca había cuestionado las sugerencias de Kehlweiler, el director espiritual del desbarajuste, y no iba a empezar ahora.

—Toma un pañuelo, creo que hiede.

Vincent movió la cabeza y entregó a Kehlweiler el delicado chisme en un pedazo de periódico, porque no tenía pañuelo. Volvió a instalarse en el banco, tomó de nuevo las tijeras e ignoró a Kehlweiler; la complacencia tiene límites. Pero, por el rabillo del ojo, le observaba mientras daba vueltas al chisme en todas direcciones, en el papel de periódico.

—Vincent.

—¿Sí?

—¿Ha llovido esta mañana?

—No desde las dos de la madrugada.

Vincent había comenzado con la meteorología en un diario de barrio, y la miraba todos los días. Sabía muchas cosas sobre las razones por las que el agua cae o se queda agarrada arriba.

—Y esta mañana, nadie, ¿estás seguro? ¿Ni siquiera alguien que haya venido a que su perro meara en el árbol?

—Me haces repetir diez veces lo mismo. La única criatura que se ha acercado es Marthe. ¿No has advertido nada en Marthe? —añadió Vincent inclinando la cabeza hacia el periódico y, luego, limpiándose las uñas con sus tijeras—. Parece que ayer la viste.

—Sí, fui a hacer un poco de catequesis en el café.

—¿La acompañaste?

—Sí —dijo Kehlweiler, que había vuelto a sentarse y seguía mirando el chisme en el papel de periódico.

—¿Y no has observado nada? —preguntó Vincent, algo agresivo.

—Digamos que no está en muy buena forma.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Eso es todo? —gritó bruscamente Vincent—. Das cursos sobre la importancia planetaria de los pequeños crímenes domésticos, te ocupas de tu sapo, pasas un cuarto de hora dándole vueltas a unos restos pegados a la reja de un árbol, pero en Marthe, en la Marthe que conoces desde hace veinte años, no has observado nada. ¡Bravo, Louis, bravo, excelente!

Kehlweiler volvió rápidamente la mirada. Demasiado tarde, se dijo Vincent, y a la mierda, qué carajo. Los ojos de Kehlweiler, verdes entre las oscuras pestañas que parecían un maquillaje excesivo, podían pasar de la imprecisión soñadora a una penosa intensidad incisiva. Los labios se apretaban convirtiéndose, al mismo tiempo, en una línea, toda la dulzura habitual se largaba como una bandada de gorriones. La jeta de Kehlweiler parecía entonces uno de esos majestuosos perfiles grabados en frías medallas, en absoluto divertidos. Vincent sacudió la cabeza como apartando una avispa.

—Cuenta —dijo sencillamente Kehlweiler.

—Marthe vive en la calle desde hace, ahora, una semana. Han recuperado todas las buhardillas para convertirlas en estudios de lujo. El nuevo propietario los ha puesto a todos de patitas en la calle.

—¿Y por qué no me ha dicho nada? Debieron de avisarla antes, ¿no? Para ya, vas a hacerte daño con esas tijeras.

—Pelearon para conservar sus cuchitriles, pero les pusieron de patitas en la calle.

—¿Y por qué no me dijo nada? —repitió Louis levantando el tono.

—Porque tiene orgullo, porque tiene vergüenza, porque te teme.

—¡Pobre gilipollas! ¿Y tú? ¿No podías decírmelo tú? ¡Deja ya esas tijeras, joder! Ya tienes las uñas limpias, ¿no?

—Hasta anteayer no me enteré. Y tú estabas ilocalizable.

Kehlweiler clavó su mirada en el chisme del papel de periódico. Vincent le contemplaba de soslayo. Era un tipo apuesto, salvo cuando estaba contrariado así, con la nariz

como un gancho y el mentón tenso. La contrariedad no le sienta bien a nadie, pero a Louis menos: con su barba de tres días, sus ojos fijos y como maquillados, acojonaba un poco. Vincent aguardaba.

—¿Sabes lo que es eso? —preguntó por fin Kehlweiler pasándole el papel de periódico.

El rostro de Louis recuperaba el movimiento, la emoción regresaba bajo las cejas y la vida a los labios. Vincent examinó el chisme. No tenía la cabeza para eso, había abroncado a Louis y eso no era frecuente.

—No tengo ni la menor idea de lo que puede ser esta mierda —dijo.

—Te estás quemando. Continúa.

—Es algo informe, gastado... Me importa un pimiento, Louis. Francamente, me importa un pimiento.

—¿Qué más?

—Haciendo un esfuerzo, puede recordarme a lo que quedaba en mi plato cuando mi abuela me hacía manitas de cerdo rebozadas. Yo las detestaba, ella creía que eran mi plato preferido. Qué extrañas son, a veces, las abuelas.

—No lo sé —dijo Kehlweiler—, no las he conocido.

Volvió a meter, en desorden, el libro y los papeles en su bolsa de plástico, se guardó en un bolsillo el chisme envuelto en papel de periódico y se metió el sapo en el otro bolsillo.

—¿Guardas la manita de cerdo? —preguntó Vincent.

—¿Por qué no? ¿Dónde puedo encontrar a Marthe?

—Últimamente se había preparado un rincón bajo el tejadillo que está detrás del árbol 116 —murmuró Vincent.

—Me largo. Intenta lograr una fotografía del tipo.

Vincent inclinó la cabeza y vio partir a Kehlweiler, con sus andares lentos, erguido, algo inclinado desde que se había jodido la rodilla en el incendio. Tomó una página y escribió: «No conoció a ninguna abuela. Ver si ocurre lo mismo con los abuelos». Lo anotaba todo. Había tomado de Kehlweiler su modo de querer saberlo todo, salvo en los crímenes de derecho común. Era difícil saber cosas sobre ese hombre. No soltaba demasiado. Podía saberse que era de Cher y, bueno, eso no llevaba muy lejos.

Vincent ni siquiera oyó a la vieja Marthe derrumbarse en el banco.

—Bueno, ¿pican? —dijo.

—Hostia, Marthe, me has asustado. No hables tan alto.

—¿Pica el facha?

—Todavía no. Soy paciente. Estoy casi seguro de haber reconocido al tipo, pero los rostros envejecen.

—Hay que tomar notas, pequeño, muchas notas.

—Lo sé. ¿Sabías que Louis no conoció a su abuela? Marthe hizo un gran ademán de ignorancia.

—No tiene importancia —masculló—. Louis se permite tantos antepasados como quiere, de modo que... De antepasados, si le escucharas, tendría diez millones. A veces se trata de un tal Talleyrand, que sale a menudo, o... ¿Cómo se llama el tipo?... En fin, diez millones. Incluso dice que el Rin es su antepasado. Es una exageración, de todos modos.

Vincent sonrió.

—Pero de sus verdaderos antepasados —prosiguió—, si te he visto no me acuerdo. Nadie sabe nada.

—Pues bueno, no le digas nada, no hay que tocar las narices a la gente. Eres sólo un hurgamierda, padrecito.

—Creo que sabes algo.

—¡Qué carajo! —dijo Marthe bruscamente—. Su abuelo es Talleyrand, ¿lo pillas? ¿No te basta eso?

—Marthe, no me digas que lo crees. Ni siquiera sabes quién es Talleyrand. Murió hace ciento cincuenta años.

—Pues bueno, me importa un bledo, ¿me oyes? Si Talleyrand se acostó con el Rin para hacer a Ludwig, sin duda tenían buenas razones los dos, y es cosa suya. ¡Y todo lo demás me importa un bledo! Vamos, me estoy cabreando. ¿Qué estás buscando en realidad?

—Hostia, Marthe, por ahí viene —susurró de pronto Vincent apretándole el brazo—. El tipo, allí, el facha furioso. Finge ser una vieja puta y yo un borracho, ya lo tenemos.

—No te preocupes, conozco los métodos.

Vincent se dejó caer blandamente sobre el hombro de Marthe y se arropó con una punta de su chal. El hombre salía del edificio de enfrente, había que actuar pronto. Al abrigo del chal, Vincent colocó la máquina y tomó la foto entre el ensanchado tejido de la húmeda calceta. Luego, el tipo se perdió de vista.

—¿Ya está? —dijo Marthe—. ¿Lo tienes?

—Eso creo... Hasta pronto, Marthe, voy a seguirle.

Vincent se puso en marcha con paso indeciso. Marthe sonrió. Hacía bien de borracho extraviado. Es preciso decir que, a los veinte años, cuando Ludwig lo había encontrado en un bar y sacado de allí, las cosas iban mal, tenía experiencia. Era un buen tipo, Vincent, y además estaba fuerte en crucigramas. Pero estaría bien que dejara de hurgar en la vida de Ludwig. A veces el afecto elige sendas algo inquisitoriales. Marthe se estremeció. Tenía

frío. No quería reconocerlo, pero tenía frío. Los tenderos la habían expulsado, esta mañana, del tejadillo. ¿Adónde ir, Dios mío, adónde ir? Levántate, vieja, hay que caminar, que tus nalgas no vayan a helarse en el 102, hay que andar. Marthe hablaba sola, no era tan raro.